

De Padornelo a González Catán

María Teresa García de Barrea

Mi nombre es María Teresa, argentina, casada, tres hijos y dos nietos y soy, orgullosamente, hija de un inmigrante español llamado Francisco que, como tantos otros, cambió su destino dejando su tierra en busca de nuevos horizontes. Trataré en este relato de reflejar su historia con los pasajes que han quedado en mi memoria y en la de mi mamá y mis tres hermanas.

Don Francisco García Rodríguez nació en España, en un pueblo llamado Padornelo, de la provincia de Zamora, un 19 de octubre de 1905. Emigró a la República Argentina entre 1907 y 1908, con dos años de edad y murió en 1979 a los setenta y tres años, sin poder regresar a su tierra de origen.

Su padre, mi abuelo, Don Agustín García Huerga, natural de Fuenterrabía, provincia de Guipúzcoa, hizo su carrera militar en el Colegio de Carabineros Jóvenes de San Lorenzo del Escorial y cumplía sus funciones como sargento en la zona de Lubián¹, haciendo patrullajes. Así conoció a mi abuela Doña María Teresa Rodríguez Castaño, natural de Padornelo, labradora. Su tarea consistía en levantarse a las seis de la mañana y llevar a pastar a las ovejas detrás de los montes. Su único alimento era dos trozos de pan que ella misma amasaba y untaba en grasa de cerdo, para luego regresar a las seis de la tarde. Tuvieron seis hijos, Primitivo, Pedro, María de los Remedios, Dolores, Francisco (mi padre) y Modesto. Este último, argentino.

Esta historia de emigración comienza cuando mi abuelo Agustín, por razones que desconozco, es retirado de su carrera militar el día 31 de agosto de 1907, con el haber pasivo de 30 pesetas, según dicen sus memorias. Agobiado por la falta de trabajo y la necesidad urgente de recursos para alimentar a su

¹ Provincia de Zamora, Sanabria, cercano a Padornelo (N.E.).



familia, comenzó a escuchar con esperanza anuncios de prosperidad en otras tierras. Fue así entonces que junto a su hijo mayor, Primitivo, decidió embarcarse hacia la América (*sic*). Quedaron a la espera de noticias mi abuela María con el

resto de los niños y con la consigna de que al estar dadas las condiciones, ella partiría a su encuentro.

Desembarcaron en Argentina, en el puerto de Buenos Aires y de allí partieron a Rosario, provincia de Santa Fe, donde les esperaban trabajo y albergue. Trabajaban sin descanso en el puerto y vivían en una habitación de pensión. Mientras tanto María, en Padornelo, luchaba a diario con el hambre y las necesidades al mismo tiempo que se enteraba de que estaba esperando otro niño. Largos fueron los días de espera, hasta que por fin un día, entre finales de 1907 y principios de 1908 y sin mediar aviso por parte de Agustín, María decidió viajar a la Argentina. Para eso vendió todo lo que pudo de sus bienes: animales, muebles y demás enseres. De los cerdos hizo chorizos (embutidos), que colocó dentro de un colchón que enrolló y ató, en una palangana puso cubiertos y platos y no se olvidó de su máquina de coser. Así con sus cuatro hijos y uno por venir, se embarcó rumbo a América.

Largo y tedioso fue el viaje que cruzó el Atlántico. El barco sólo disponía de un depósito, donde viajaban hacinados junto con la carga. Llegaron a Buenos Aires y se instalaron en el Hotel de Inmigrantes, donde comieron. Al día siguiente partieron camino a Rosario. Mientras tanto, en esa ciudad, Agustín no se imaginaba la suerte por la que estaban pasando su esposa e hijos. Cuando María y los niños llegaron a la dirección indicada, Agustín y Primitivo se encontraban trabajando en el puerto. Tremenda fue la sorpresa de mi abuelo al regresar y encontrar a toda su familia. Muchas lágrimas de alegría y abrazos interminables y un “Ay, María” que se repetía una y otra vez entre lo increíble y lo real. La familia se había reunido nuevamente.

Así comienza la historia de mi padre, Francisco, en este maravilloso país. Un futuro prometedor le esperaba, mucho trabajo y un largo camino por recorrer. Cuando llegó a la Argentina tenía apenas dos años. En los primeros tiempos la familia consiguió un lugar al que llamaban fonda, donde se dedicaban a cocinar. Allí iban a comer los trabajadores del puerto. Más tarde adquirieron otro lugar donde no sólo tenían restaurante, también había habitaciones.

Francisco creció en ese ambiente, dedicando su niñez al trabajo, los juegos y los libros. Cada miembro de la familia tenía su tarea asignada, eso sí, si se portaban mal, a pelar una bolsa completa de papas. Mucha gente concurría al lugar, había que tener comida lista en cantidades, las habitaciones aseadas y las setenta camas preparadas. Pocas eran las horas de descanso pero había prosperidad.

A medida que iban creciendo tenía más responsabilidades en el negocio: Modesto se encargaba de los alimentos, Lola servía las mesas, Remedios se ocupaba de las habitaciones y Francisco, de la caja.

Seguramente muchas historias pasaron por ese restaurante. Recuerdo que contaba que una vez su hermana Lola que servía las mesas, enojada con un cliente por su impertinencia, le vació el plato íntegro de comida en la cabeza. Otro día y en otras circunstancias, ella tuvo una fuerte discusión con una de las personas que allí asistía, su hermano Pedro que en esos momentos se estaba bañando, al escuchar lo que pasaba salió completamente desnudo en su defensa (el lugar estaba lleno de gente). En el hotel el trabajo era arduo y requería de mucha constancia y laboriosidad, la abuela trabajaba hasta la media noche y a las cuatro de la mañana ya estaba en pie.

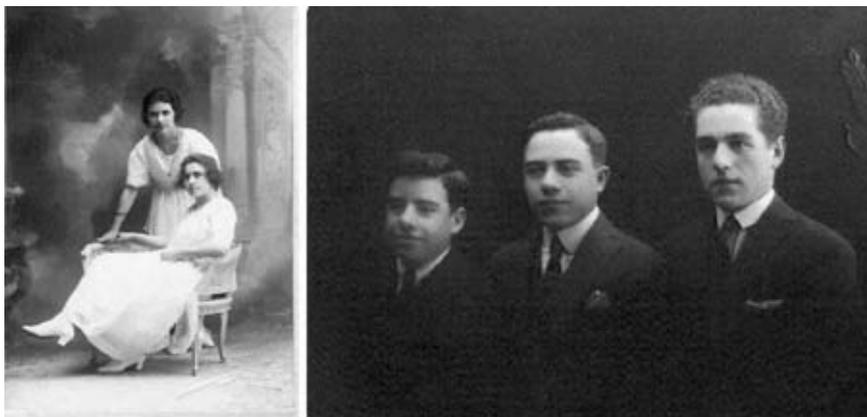
En muchas oportunidades, cuando Francisco y su hermano menor Modesto, regresaban de los boliches² por las madrugadas, la encontraban pegada a la batea,³ lavando las sábanas de la hotelería. El abuelo Agustín, atendía el mostrador donde mantenía interminables charlas con sus paisanos españoles entre copas y recuerdos.

La vida quiso que Francisco fuera padre muy joven de una relación que poco duró. Cuentan que cuando la madre del niño dio a luz, falleció. El bebé quedó solo, sin nadie que lo reclamase y una enfermera que trabajaba en el hospital decidió quedarse con él. Tarde fue cuando Francisco se enteró y fue en busca de su hijo. En el hospital nada sabían y sólo se llevó de ahí el nombre de la enfermera que ya no trabajaba más en ese lugar. Muchos fueron los días de búsqueda, que se convirtieron en meses, que se convirtieron en años. Pero

² Establecimiento público de poca importancia en que se sirven comidas y bebidas (N.E.)

³ Artesa para lavar (N.E.)

al tercer año algo pasó. Su hermana Lola, que era la única que sabía del tema, prometió ayuda. Francisco era demasiado joven y no se atrevió a enfrentar con la realidad al abuelo Agustín que era una persona muy severa.



Así salían en la misteriosa tarea de encontrar a alguien con un solo dato, el nombre de la enfermera. Recorrían los barrios preguntando por la persona. Muchas veces volvían con las manos vacías y otras con algún dato valedero e importante. Un día, después de mucho caminar, se sentaron en el banco de una plaza a descansar mientras observaban a unos chiquitos que allí jugaban. Pero Lola quedó impactada sólo con uno por su gran parecido, al que se acercó y le preguntó el nombre. *Jorge*, respondió el niño con su carita sucia. Luego Lola miró a su hermano y muy segura le dijo, ese es tu hijo. El dato se confirmó al preguntarle a Jorgito el nombre de su mamá, que era exactamente el mismo que le habían proporcionado en aquel hospital.

Francisco, que por ese entonces tendría unos 20 años, por fin había encontrado a su hijo y llegaron a un acuerdo con la mujer que lo estaba criando. Ella seguiría encargándose del niño y él se haría cargo de su sostén económico y lo visitaría asiduamente. Lo dicho se cumplió. A mi padre le gustaba mucho estudiar y era un gran lector. Hizo sus estudios primarios y secundarios. Llegó a recibirse de contador público.

Pasaron los años y los destinos de la familia comenzaron a separarse. El hermano mayor, Primitivo, se fue a vivir a los Estados Unidos después de haber tenido un gran desacuerdo con su padre y del que no se volvió a tener noticias. El último contacto fue una postal recibida desde Brooklyn-New York de aproximadamente 1916.

Pedro, el segundo, estudió abogacía, se casó y se fue a vivir a Buenos Aires. No tuvo hijos. Remedios formó su familia con Isidro, dueño de una papelería. Tuvo un hijo que se recibió de ingeniero y que llegó a ser decano de la Facultad en Rosario. Modesto, el menor de los hermanos, se casó con Clotilde, se trasladó al barrio de Saavedra en Buenos Aires, donde vivió por muchos años. Tuvo un hijo llamado Hugo. Su amada hermana Lola también formó su familia y al poco tiempo de ser madre, muere en sus brazos víctima de la tuberculosis. El niño llamado Héctor es llevado por su padre a vivir a la provincia de Salta, al noroeste argentino.

Al fallecer el abuelo Agustín se vende el restaurante y finaliza así la etapa de la empresa familiar. La abuela María adquiere una casa grande en la calle Gaboto en Rosario, donde vive con su hijo Francisco. Mi padre comienza a dedicarse a una serie de emprendimientos. Primero instaló una cervecería que le redituaba (*sic*) según la temporada y finalmente quiebra. Tuvo también una fábrica de medias de muselina que luego vendió. Fue director de un hospital en Rosario.

Desde 1937 a 1941 trabajó para la municipalidad de Rosario y luego comenzó a dedicarse a la exportación e importación de maderas Argentina-Paraguay. Con esta actividad comercial empieza un período de crecimiento económico del que disfruta plenamente. Además se había convertido en un hombre de gran cultura, finos modales, buen vestir y un excelente discurso. Concurría a reuniones y fiestas de los más importantes círculos sociales de Rosario. Era considerado una excelente persona. Desde joven era asiduo a charlas con amigos, en cafés de características un tanto bohemias y a los encuentros en los clubes para jugar al Casín, hobby que lo apasiona tanto que comienza a intervenir en campeonatos representando al club Español de Rosario e invitado en oportunidades por el Club Italiano de Buenos Aires. Obtuvo infinidad de medallas y copas. Llegó a ser con gran orgullo campeón argentino.

Participó activamente en la política, llegando a ser primer orador en el comité radical de Rosario. Luego desistió de esta actividad al ver actitudes que no consideraba éticas y correctas ya que era una persona muy honesta, pero se quedó con un gran recuerdo que siempre contaba: en una oportunidad había logrado intercambiar palabras con el presidente de los argentinos Dr. Hipólito Irigoyen.

En 1946 contrajo matrimonio con María Esther, once años mayor que él, viuda y con dos hijos ya grandes, a pesar de la oposición de toda su familia. Se traslada a la provincia de Misiones donde instala la empresa “Haurón Maderas” de la cual es dueño. La casa tenía un gran portón donde entraban los camiones que cargaban las maderas. Hacía constantes viajes desde allí hacia Rosario y Buenos Aires donde también tenía las oficinas. Él se encargaba per-

sonalmente de ir a los obrajes a seleccionar las maderas. Las mismas viajaban enjangadas (*sic*)⁴ por el Río Paraná.



María Esther era una buena mujer que padecía una grave enfermedad por lo que necesitaba constantes cuidados. Para eso contrataba gente que la ayudara. Entre ellas, una casi niña de 17 años, natural de Paraguay llamada Gregoria que años más tarde se convertiría en el amor de Francisco.

⁴ Enjangar: palabra de origen brasileño. Significa “atar los troncos de madera para formar balsas” (N.E.).

En 1950 se agrava la enfermedad de María Esther por lo que deben mudarse al barrio de Caballito en Buenos Aires, donde años más tarde fallece.

Francisco encuentra el amor de su vida en Gregoria. Ella era empleada en su casa, de origen paraguayo y veinticuatro años menor que él, con su frescura y candidez trajo luz a su vida. El 16 de Junio de 1955 se convierte en protagonista involuntario de un hecho trascendente de la historia argentina. En horas del mediodía aviones de la Fuerza Aérea argentina sobrevuelan la plaza de Mayo de la Capital Federal, bombardeando y dejando a su paso destrucción y un tendal⁵ de muertos y heridos, en lo se llamó la revolución del 55, en oposición al entonces presidente de la nación Juan Domingo Perón. Francisco se encontraba allí dialogando con un amigo. Al terminar la conversación decide tomar el subterráneo por lo que comienza a bajar las escaleras, hecho por el cual salva milagrosamente su vida, teniendo sólo heridas leves.



En ese mismo año su hermana Remedios se dispone a hacer un viaje a Europa y organizan junto a su esposo, Isidro, un itinerario en el que por supuesto se encuentra España y el pueblo donde nacieron. Francisco también quería hacer ese viaje. En ese momento estaban dadas las condiciones económicas para realizarlo. Pero lo que en realidad él quería era llevar a su mamá. Soñaba recorrer con ella el lugar del que un día habían partido. Grande fue la desilusión ante la negativa de la abuela María. Ella, a pesar de la añoranza que siempre estuvo presente a lo largo de su vida, no quería revivir las causas de aquel momento de la partida, ni tampoco ver cómo los que allí quedaron habían envejecido o fallecido. Todo lo que amaba estaba aquí en esta tierra.

⁵ Tendal: conjunto de cosas extendidas, generalmente para que se sequen (N.E.).

Así este sueño quedó postergado, con la esperanza de que algún día se hiciera realidad.

Remedios sí logró realizarlo y visitó a su tía Petronila y a su prima Paquita en Lubián. Todo estaba como en sus recuerdos. Petronila era hermana del abuelo Agustín y directora de un colegio, tenía varios hijos. De regreso le trajo a Gregoria un abanico y una mantilla que atesora con gran cariño hasta la actualidad.

En 1958 mis padres se instalan en Rosario, provincia de Santa Fe, en la casa de la abuela María, quien los recibe con gran felicidad. No tardó mucho en hacerse una hermosa amistad entre estas dos maravillosas mujeres. Gregoria estaba fascinada con la energía de aquella mujer de hermosos ojos azules que contaba historias de un lugar lejano, de la travesía realizada y de las vivencias en esta nueva tierra. En 1959 se produce mi nacimiento que agrega más alegría a la feliz pareja y a la abuela. Me ponen por nombre María Teresa en honor a ella. En 1960 fallece la abuela María, dejando un gran pesar en todos los que la amábamos. Se había ido una grande. Todavía hoy repetimos algún dicho de ella como “lo poco agrada, lo mucho enfada”. Gregoria cuenta y se maravilla de la energía de la gente española, que solía ver en las reuniones familiares y de amigos, su alegría, su manera de hablar, sus bailes, sus comidas.

La vida debe continuar y en ese mismo año nos mudamos a un departamento que mi padre logra adquirir, ubicado en Barrio Norte de la Capital Federal. En 1961 nace Virginia, la segunda de las hijas. Una pequeña dulce, laboriosa y de gran bondad. Virtudes que la acompañan hasta la actualidad. Los negocios en la maderera suman altibajos por lo que debió hipotecar el departamento para salvar una transacción desfavorable.

En 1963 nace la tercera hija, a la que llaman Clelia que sumó alegría a la familia. Inquieta, curiosa, emprendedora y atenta a lo que sus seres queridos puedan necesitar.

En 1964 debemos mudarnos debido a la imposibilidad de levantar la hipoteca, a un lugar llamado Claypole de la provincia de Buenos Aires. En 1965 nace la más pequeña de las hijas. Su nombre es Ana María. Con su gran sentido de la ética, su honestidad y el ser una persona tan confiable hace que todos los que la amamos sepamos que podemos contar con ella incondicionalmente. Cuatro niñas que crecieron escuchando la historia del origen de la familia entre castañuelas, coplas y tango.

Mi padre tenía una gran personalidad, siempre era el centro de las reuniones y al que todos escuchaban con gran atención. Siempre estaba de buen humor, dispuesto a conversar y a escuchar. Una de las cosas que más admiraba de él era su lucidez para resolver e improvisar situaciones y, pasara lo que pasara, siempre seguía adelante. La vida le había dado tres hermosas

virtudes: paciencia, sabiduría y templanza. ¡Cuántos recuerdos, qué rico cocinaba mi padre pulpo a la gallega, caracoles, las pastas con salsas deliciosas, calamares en su tinta! ¡Cómo elegía los quesos y los vinos! Tenía un mueble que, al abrirlo, se encendía una luz y allí se veían las distintas copas y vasos para cada bebida.

También recuerdo la música que sonaba en mi niñez: había un disco de Sarita Montiel que seguramente se habrá perdido en alguna mudanza:

Pisa Morena, pisa con garbo
Que un relicario, que un relicario
Me voy a hacer
Con el trocito de mi capote
Que haya pisao, que haya pisao
Tan lindo pie...

Otra:

Cómpreme usted señorito
No vale más que un real
Cómpreme usted señorito
Cómpreme usted señorito
Pa lucirlo en el ojal...

Mi padre y mi madre tarareaban canciones que aprendieron de la abuela María:

Donde vas con mantón de Manila, donde vas con vestido...
Hay Maruzina, hay Maruzina que va...

Veíamos películas de Lolita Torres, Pedrito Rico y Joselito. Si por algún motivo nos poníamos a llorar, nos decían: ya está tocando la gaita y si hacíamos alguna travesura, se escuchaba en tono español: ¡como será tu padre, tu madre y toda tu parentela!

Los brindis no faltaban y toda ocasión era buena. Siempre se brindaba al son de estas palabras:

¡Salud y pesetas y niñas con buenas camisetas! (¿camisetas?).

En esos tiempos Francisco hacía viajes a Paraguay por negocios de la maderera y a veces aprovechaba e iba a visitar a la familia de mi madre. Ella era de un pueblito llamado Galeano Cuhé. Allí vivían su mamá Salustiana, su padrastra (su papá murió en la guerra del Chaco Boreal en 1935) y diez hermanos. Él era esperado con todos los honores de un personaje. Enviaban gente con caballos para recibirlo y trasladarse. Era considerado un señor. De a poco fue trayendo a toda esa familia a la Argentina, desde la abuela Salustiana



hasta el menor de los hermanos. En la actualidad, todos se encuentran residiendo aquí en Argentina, donde formaron sus familias.

En 1967 se disuelve su empresa maderera y forma otra, An-Gar S.R.L., en sociedad con su primogénito Jorge que para entonces ya estaba casado y tenía dos hijas.

En 1970 Francisco toma la decisión de mudarse con toda su familia a Asunción del Paraguay para coordinar mejor los negocios entre ese país y Argentina. Jorge trabajaría desde Rosario, lugar donde residía. Yo, para ese tiempo, contaba con

diez años de edad y recuerdo cuánto extrañé mi tierra. Todo era diferente para mí, las costumbres, el clima, la forma de hablar, los gestos, las comidas y hasta los aromas. En el colegio el himno era otro, la historia era otra. Un gran sentimiento de añoranza me invadía a pesar de que Paraguay es un bello país. Sus caminos huelen a coco, hermosos son sus paisajes donde contrastan el verde de su vegetación y la tierra colorada. Allí vivimos varios meses, hasta que una mala noticia llegó: la empresa maderera estaba en quiebra, hecho por el cual debemos volver a Argentina. Nos instalamos en un departamento en el barrio de Caballito en la Capital Federal, donde se sucedieron tres años llenos de incertidumbre económica. El dinero se terminaba y a pesar de que mi padre intentó encontrar trabajo, no lo consiguió.

Ya tenía edad de jubilarse. Cuando la situación era insostenible, apareció un amigo de la juventud, de la época de las reuniones, de los cafés, de los torneos de billar del club Español. Un amigo con el que no dejó de tener contacto en todos esos años. Era de Rosario, que solidarizándose con la situación por la que estaba pasando, decide ayudarlo económicamente. Por ese motivo nos trasladamos a Rosario, donde mi padre alquiló una casita en un barrio de esa ciudad, donde vivimos aproximadamente un año.

Francisco había iniciado los trámites para la jubilación que lamentablemente se demoraron mucho. En 1974, ante la imposibilidad de pagar el alquiler, había que encontrar otra solución. Pero, como decía la abuela María *“Dios aprieta pero no ahorca”*, apareció la opción de ir a vivir a la casa de una hermana de mi mamá, en la provincia de Buenos Aires. Allí nos dieron una habitación, así que compartíamos la casa dos familias. Permanecemos ahí hasta que duró la armonía y en 1975 nos trasladamos a la casa de otro hermano de Gregoria que amablemente y ante la situación, nos ofreció.

Por suerte en este año tuvimos un respiro: mi padre obtuvo su jubilación y con el retroactivo se pudo comprar una casa pequeña en la localidad de González Catán en la provincia de Buenos Aires, a treinta kilómetros de la

Capital Federal. La casa contaba con dos pequeñas habitaciones y un baño externo, donde vivíamos bastante incómodos. El barrio era tranquilo y recién comenzaba a construirse. Después de nuestra casa sólo había calles con los lotes vacíos a lo largo de un kilómetro. La jubilación que recibía era insuficiente pero estábamos juntos y en nuestra propia casa. Mientras tanto mis hermanas y yo terminábamos nuestros estudios secundarios. La vida le deparó momentos hermosos, pero también otros muy difíciles, sin embargo jamás se quebró. Lejos quedaron sus días de esplendor, lejos la tierra que lo vio nacer. Falleció en 1979, en su casa de González Catán, al lado de la mujer que amó y sus cuatro hijas adolescentes.

Y así, Don Francisco García Rodríguez, el que nació en España, en un pueblito llamado Padornelo de la provincia de Zamora, se fue en paz, llevándose un montón de experiencias vividas y quizás muchos sueños por cumplir, dejándonos como enseñanza su ejemplo y la fuerza de su raza y de su estirpe.

Hoy tres generaciones de sus descendientes lo aman y recuerdan como un símbolo de orgullo de nuestras raíces que trascenderá mientras perdure su historia en la memoria y en el tiempo. Actualmente hijas y nietos estamos tramitando la ciudadanía española ejerciendo un derecho que nos pertenece. ¿Quién sabe si algún día la historia vuelva a repetirse?

Agradezco profundamente al Centro UNED de Zamora, al Archivo de Cultura Popular de la Asociación Etnográfica Bajo Duero y a la Junta de Castilla y León por permitirme relatar esta historia y que otros puedan leerla.

Al Centro Zamorano de Buenos Aires, porque gracias a su web pude conocer esta convocatoria.

Agradezco a toda mi familia porque todos han colaborado con esto y especialmente agradezco a aquellos que ya no están, que son los protagonistas de esta historia y que con su valentía, coraje, fuerza y ganas de vivir han trabajado para construir este bendito país que supo albergar a todo hombre de buena voluntad que haya querido habitar en él.